

Volaba a Viena para defenderme en los tribunales de un asunto (sudé tinta pero lo gané, y en alemán, que es una lengua que no sé; comprobé que en todas partes cuecen habas o, como cantaba Quico Pi de la Serra: “Si los h.d.p. volaran no veríamos nunca el sol”) y en el avión leí las elogiosas declaraciones de un actor que iba a montar una obra de un autor joven de mucho talento, Joan Barbero. Recorté la noticia, me la puse dentro de la cartera y cuando volví a Barcelona indagué y me sumergí en sus textos. Normalmente, cuando un autor me interesa, hago lo que llamo un stage, que consiste en leerme todo lo que encuentro de su producción. Como siempre, buscando historias. En Joan encontré una frescura y una espontaneidad que me sedujeron enseguida. Le conté que prefería un guión original y él me habló sobre tres chicas, amigas suyas, que compartían piso y a las que una mañana, desayunando en la cocina, se les apareció un tío en pelotas que había follado con una de ellas. “Fantástico –le dije–, ¿y qué pasa después?” “No lo sé, pero es una buena situación”. Y a partir de ahí empezamos a trabajar. Què t’hi jugues, Mari Pili? nos quedó muy divertida, a pesar de que tiene un inicio algo dubitativo, pero enseguida arranca y se aguanta muy bien; es muy dinámica, muy ágil y el clímax final de la comedia está muy bien resuelto. Joan llevó la escritura del guión y por eso lo firma, pero yo estuve muy implicado en él. Recuerdo, por ejemplo, discutirle unas escenas en las que se prolongaba la acción, que al final no se rodaron ya que mi nariz me aconsejaba terminar la historia donde lo hice. Dejar la acción bien alta, en “coma alta”, como llamaban los viejos actores a las frases teatrales terminadas con énfasis. Joan es un personaje muy tímido pero aceptó estar a mi lado todo el rodaje para repasar y pulir diálogos. Yo estaba muy obsesionado con la idea de que no se nos escapara nada: las comedias deben ser endiabladamente precisas. Me gustó mucho volver a jugar, a jouer, a to play, volver a la comedia con unos personajes jóvenes, vivos, muy de la calle, que, creo, fueron la clave del enorme éxito que la película tuvo en Cataluña, aunque en el resto de España no funcionó tan bien ni mucho menos. Seguíamos en el desierto. En Cataluña conseguí mi segundo éxito en las salas. Cuando una comedia funciona, el público va al cine, y con Mari Pili nos volvimos a ganar su confianza. La crítica se dividió: un sector entendió la propuesta y otro no. Me quedo con la visión y la generosidad de los que valoran el trabajo que propone el director y no la película que ellos quieren ver.

Su financiación no fue nada fácil. También la presenté al Ministerio y otra vez me denegaron la subvención. Ese año había ido al Festival de Juan Gerard y Letvia Arza, entrañables amigos de Puerto Rico, a presentar Puta misèria! y volvía con Amparo y unos amigos. También viajaban Fernán-Gómez y Emma Cohen, con quien tengo muy buena relación desde que debutó profesionalmente conmigo en el teatro. Cuando íbamos a subir al avión en San Juan, apareció Miguel Marías, que era el nuevo director general del ICAA. Y sin que viniera a cuento, señalándome con su pipa, me dijo que mientras él estuviera en el Ministerio yo nunca haría Mari Pili, que el cine era otra cosa y no la cutrez o marmarrachada que él veía en el guión (no recuerdo el calificativo pero sí el tono): me dejó atónito. Fernán-Gómez me cogió por el brazo y me apartó: “Creía que le ibas a pegar”, me dijo con su voz de profeta bíblico, y yo le respondí: “No, yo suelo contestar trabajando”. Afortunadamente, al poco tiempo lo cambiaron. Entró un nuevo director general, Enrique Balmaseda, que ha sido uno de los mejores que hemos tenido; volví a presentar el proyecto y la nueva comisión lo aprobó. De todas formas, vaya lucha. Finalmente la película podía hacerse. Empezaba a salir de la marginación a la que me habían condenado ciertas actitudes de los responsables anteriores.

Tuve la suerte de contar con un casting maravilloso. No únicamente las tres protagonistas: Mercè Lleixà, Blanca Pàmols y Núria Hosta, con sus tres novios: Marc Martínez, Pep Munné y Fernando Guillén, que, en honor a la verdad, enseñaban todos ellos unos culos bien hermosos, sino muy especialmente con los maravillosos secundarios: Àngel Burgos, como el ladrón que se hace pasar por magrebí; Amparo Moreno componiendo la gitana que vende tetas de silicona; Lloïl Bertrán de secretaria empeñada en reivindicar su nombre: “Me llamo Marica, no Mari Carmen”; Mingo Ràfols de camarero-gay-colega del bar... Fue un rodaje duro, el calor del verano resultaba insoportable en los interiores, la Lleixà sudaba sin parar hasta que descubrimos la causa: ¡se dopaba con cafés y gingseng! A medio rodaje celebramos una fiesta, en la que insensatamente, como si todavía fuera un teenager, me marqué un rock con Glòria Martí, la directora artística, y la consecuencia fue una contracción lumbar de caballo que me obligó a terminar el rodaje tumbado, desde una camilla durante las dos últimas semanas. Desde entonces procuro controlarme al máximo, aunque alguna que otra vez mi columna me ha pasado factura. Recuerdo que Néstor Almendros me contó que cuando ingresó en la Escuela de Cine de Roma lo primero que le dijeron es que para esta profesión hay que tener una salud de hierro. Razón no les faltaba.

Mari Pili se llevó dos premios de la Generalitat, uno para Mercè Lleixà como mejor actriz y otro para Amparo Moreno como mejor secundaria. También fue seleccionada por bastantes festivales, a pesar de que, normalmente, prefieren los dramas a las comedias. En el de El Cairo nos pasó una anécdota muy curiosa. A mí los festivales me han servido para promocionar y penetrar despacito en los mercados extranjeros pero también para viajar, y volví a El Cairo porque me fascina el mundo islámico y el egipcio en concreto. En la ciudad se respiraba un clima enrarecido por la revuelta de los radicales islamistas y el hotel estaba protegido por la policía y por el ejército. Cuando llegué, pregunté cuándo pasarían mi película, pero me dijeron que aún no lo sabían. Así que, mientras tanto, me dediqué a hacer turismo y me lo pasé muy bien. Pepe Díaz Espada, que entonces llevaba el cine del V Centenario, tenía una secretaria que había estudiado filología árabe allí y sus amigos se encargaron de llevarnos a unos cabarets nocturnos –locales prohibidos a los occidentales a menos que ellos te acompañen–, tipo mil y una noches, donde los jeques del Golfo se dedicaban a echar fajos de dólares a las bailarinas de la danza del vientre y a los cantantes de orquestas... Fascinante. Pero quedaban tres días para que acabara el festival y todavía no pasaban la película. Mientras tanto, los cines estaban llenos de hombres que hacían colas impresionantes desde las ocho de la mañana. No por interés cinematográfico sino porque buscaban desesperadamente que las películas les enseñaran tetas y culos. Volví a preguntar qué pasaba con mi película y me dijeron que el jefe de la censura la había prohibido. “¿Y por qué?” Me contaron que la de Almodóvar había corrido la misma suerte. De repente, el nombre del censor me resultaba familiar. Y descubrí que el jefe de la censura era, a la vez, el presidente del festival. El mismo que me había invitado a participar. Al visionar la copia en El Cairo les aterrizó Àngel Burgos haciéndose pasar por árabe, arrodillado en la alfombra, rezando a Alá, aunque luego resulta que es un ladrón de Valencia. Algo que para nosotros, occidentales, es una broma para ellos podía resultar tremendamente conflictivo. Jamás he vuelto a aceptar ninguna otra invitación para El Cairo.